

Espectáculos	3-4
Barcelona	6
Las Comarcas	9
Los deportes	12
Cinematografía	15
Vida económica	16
Religiosas	18
Información nacional	19
Información extranjera	25

Barcelona, un mes	3'50 Ptas.
Provincias, " "	3'50 " "
Portugal, trimestre	11'50 " "
América, " "	11'50 " "
Demás países, " "	30' " "

## Acotaciones

## Un momento feliz

¿Qué poeta no habrá formulado en sus versos algún deseo testamentario? ¿Qué poeta no habrá dado en sus poesías algún indicio de la forma de enterramiento que más podía agradarle? Algunos de esos votos eran tan simples y tan simpáticos que los admiradores se han apresurado a hacer cuanto estaba en su mano por realizarlos. Alfredo de Musset, en una elegía titulada «Lucie», ha sido de los que han expresado con mayor precisión sus modestas ambiciones de ultratumba:

*Mes chers amis, quand je mourrai,  
Plantez un saule au cimetière.  
J'aime son feuillage exploré,  
La paleur m'en est douce et chère,  
Et son ombre sera légère  
A la terre où je dormirai.*

Y efectivamente, junto a la tumba de Musset crece un sauce y le otorga esa sombra ligera que había de sentar mejor que ninguna a su eterno reposo.

Nuestro poeta «Guerau de Liost», en el mundo de la prosa Jaime Bofill y Matas, había expresado en un poema breve y presuntamente lapidario, su deseo de ser enterrado en una fuente de Viladrau que mana al pie de la masía de sus padres. Su deseo, que no ha podido cumplirse de una manera literal, se ha cumplido, en cambio, de un modo delicadamente alegórico. He creído siempre que el recuerdo de los desaparecidos cristaliza con más fuerza en determinados paisajes que sentimos íntimamente asociados a alguna fase de su existencia que en la quietud funeraria de las tumbas. El mármol con sus emblemas y sus epitafios nos conduce a pensar en la caducidad inexorable de las cosas humanas. «He aquí en qué vienen a parar todas las agitaciones, todas las vanidades, todos los esfuerzos», nos decimos con desaliento. En cambio, un paisaje que se renueva con magnífica indiferencia, una habitación que guarda con tanta fidelidad la huella de los trajines pasados que los sugiere como recientes y casi contemporáneos, un aroma conocido que vuelve a nosotros con el mismo frescor con que nos asaltó en otra época, y mil cosas más, dotadas de una vitalidad persistente, ayudan a evocar con muy otra gracia y con muy otra fuerza. El cementerio, con su lenguaje exclusivamente mortuorio, nos desespera, y, querásmolo o no, nos torna románticos. Un paraje que por un cabo esté amarrado a lo que fué y por otro a lo que es y a lo que será, nos mantiene dentro de un equilibrio clásico. Da a nuestra tristeza Dios sabe qué esperanzas y modera nuestro temor con Dios sabe qué seguridades.

Confieso que pocas veces he sentido todo esto con tanta intensidad como en la sencilla ceremonia que se celebró el sábado pasado, al atardecer, en la fuente de l'Oreneta, a cuya orilla quiso ser enterrado «Guerau de Liost». Es posible que en mi emoción entrasen factores de orden personalísimo; hacía dieciocho años que no había vuelto a poner los pies en aquel valle que se alarga bajo la sombra de Matagalls y que me había sido bastante familiar en cierto período de mi juventud... No importa. Lo esencial es llegar a pegar el brinco, sin que deba preocuparnos demasiado el material con que ha sido construido el trampolín... Lo esencial es que junto a aquella fuente que manaba, imperturbable, bajo aquellos árboles vestidos de hojas tiernas, sentí durante unos minutos la melancólica inmortalidad de las almas — sombras que divagan y suspiran a nuestro alrededor.

Después del brinco, otra vez a ras de suelo, me sentí invadido por pensamientos de índole bien distinta. Analizaba los diversos episodios de la ceremonia; analizaba la ejecución de la estela que se alza sobre la fuente y el arreglo de los bancos y de los peldaños de piedra que la rodean; ojeaba el recordatorio impreso que habían repartido a los invitados, y me decía: «Todo esto es perfecto. En primer término, un político capaz de prohijar cordialmente, no de modo formulario, una idea de esa naturaleza, cristalización de un voto poético. En segundo término, unos artistas — escultor, jardinero, escritor, dibujante — capaces de ejecutar la idea, salvando con igual soltura el escollo de la cursilería que el de la vulgaridad... En tercer término, un numeroso grupo de hombres de las más diversas procedencias y opiniones que asisten con emoción y con respeto al acto, ¿por qué no decirlo?, extremadamente peligroso de inaugurar una obra de ese género sutil, cuya comprensión no está al alcance de todas las inteligencias ni de todos los corazones... Todo esto es perfecto».

Y en seguida, por un vuelco inevitable de mi discurso, que no sabe estacionarse en la contemplación indefinida de un solo aspecto de las cosas, vi surgir ante mis ojos la procesión de los actos soeces, de los ademanes inciviles, de los gritos estentóreos, de

las ideas chavacanas — ¡oh, que procesión más tremenda y más espantosa! — Y me preguntaba: «¿Es posible que una colectividad que sabe con tanto tino y con tanta gracia recoger la fugitiva voluntad de un poeta y convertirla en obra, nos ofrezca simultáneamente tantos ejemplos de insensibilidad y de incultura?».

No ignoro que en cualquier pueblo del mundo abundan los desniveles de ese género. Pero, cuando en la cúspide de la pirámide se halla una calidad tan áurea, como la que comprobamos el sábado pasado, en una ceremonia al aire libre, no parece admisible que en la base se hallen tan escasos indicios del metal precioso. En el último ciudadano de un gran país culto, se advierten en estado latente, en forma larvada, las cualidades que admiramos en los momentos felices de su élite. Aquí, no. Aquí nos encontramos a menudo y en todas las capas sociales con manifestaciones y conductas que no acusan

## Crónica marítima

## La odisea del acorazado «Potemkin»

Ha vuelto a proyectarse en la pantalla una película rusa que hace cuatro años circuló por la mayoría de los cinematógrafos españoles, y que ahora se exhuma evidentemente por considerarla cosa de circunstancias. Algo así como esas aves marinas que presagian la tempestad, con la modalidad de sus vuelos.

«El crucero Potemkin» se titula esa especie de «film-albatros» que se refiere a un episodio real de los prolegómenos de la revolución rusa de 1917, ocurrido hace treinta años.

El desarrollo de la película obedece más bien a la finalidad propagandista que al criterio de la veracidad histórica. Por eso sus autores, atentos a conseguir prosélitos, dejan al arbitrio confuso del espectador poco atento y no más versado, el imaginar cómo vino a parar la aventura de los amotinados del «Potemkin», cuyo desenlace pudiera interpretarse como un éxito de aquellos precursores de la revolución bolchevique, cuando en realidad tuvo un final desastroso.

El evidente malestar nacional de las post-trimerías de la época zarista se agravó cuando los acontecimientos de la campaña ruso-japonesa robaron trágicamente la esterilidad del régimen imperante para enfrentarse con un pueblo joven y fuerte como el nipón. El fermento revolucionario siempre había encontrado terreno propicio en la marina rusa. En 1825 ya tomó parte la división de guardacostas en la rebelión de Dekabrist, interviniendo también los alumnos de la Academia Imperial de la Marina, por lo que Nicolás I dió en castigo a esta institución el nombre de «Cuerpo de pajes». Sobre todo, a partir de la guerra ruso-japonesa, la epidemia de sublevaciones se convirtió en epidemia. La propaganda revolucionaria, flor de las derrotas, se manifestaba con frecuencia en forma de motines disfrazados de movimientos de protesta contra deficiencias más o menos reales de la paga y de la alimentación.

Uno de tantos movimientos fué el motín a bordo del acorazado de la flota del Mar Negro «Kniaz Potemkin Tavritchsky» («Príncipe Potemkin de Tauride»), navío de 12.750 toneladas, 16 nudos de andar, armado con cuatro cañones de 305 milímetros, 16 de 152 y veintidós de pequeño calibre, que se botó al agua el año 1900 y llevaba 740 hombres de tripulación. Ocurrió el suceso en el verano de 1905.

En la película, los hechos se desarrollan en la forma que resumimos a continuación:

La marinería del «Potemkin» se había negado a comer una carne corrompida. Con repugnante realismo, la película exhibe convencionalmente los cuartos de la res cuajados de gusanos. Grupos de marineros acuden a mirar la carne agusanada, apartándose con asco de la despensa. El médico de a bordo, requerido por el comandante, certifica que la carne es excelente. No obstante, la gente la rechaza. El comandante interpreta este movimiento como un acto de grave sedición y ordena que la guardia forme, para fusilar sobre cubierta a un nutrido grupo de los hasta entonces pacíficos protestantes. Pero la guardia se niega a disparar. Algunos oficiales intentan aplicar personalmente el injusto castigo, haciendo uso de sus pistolas. La marinería se revuelve contra ellos y los verdugos pasan a convertirse en víctimas. Un solo marinero perece en la desigual contienda, en la que además pierden la vida el comandante cruel, el médico falsario y otros oficiales, salvándose a nado algunos, y quedando prisioneros de los amotinados los restantes.

El «Potemkin», en poder de los revoltosos, iza la bandera roja y fordea frente al puerto de Odesa, desembarcando el cadáver del

la menor aptitud para el pulimiento. En cierto modo, nos parecemos a esa América que Waldo Frank comparaba a un «puding» mal hecho, a uno de esos «pudings» que confecciona la dueña de la casa en un horno que no funciona como Dios manda... Y es claro, el «puding» por un lado está excesivamente cocido, más que cocido, achicharrado; por otro se halla aun en estado flúido; y sólo en una zona exigua, amenazada y trémula, está verdaderamente en su punto.

¡Ah, si lográsemos componer nuestro horno o cambiarlo, de modo que difundiese un calor uniforme que llegase a todas las zonas del «puding» catalán! No se suprimiría — claro está — la maldad, ni la torpeza, ni la estupidez, pero dentro del calor bien graduado y bien sostenido, todos los ingredientes adquirirían sabores menos amargos y serían menos difíciles de digerir.

CARLOS SOLDEVILA

marinero, llamado Wakulinchuk. En Odesa, donde hay planteada una huelga grave, la masa obrera hace causa común con los amotinados, desfilando delante de los despojos mortales de Wakulinchuk. Pero los cosacos, fieles a las autoridades zaristas de la ciudad, organizan una matanza en masa de manifestantes, cebándose sádicamente en niños, mujeres y ancianos. Es la parte más truculenta de la película, tan pródiga en escenas de ese tipo.

A todo esto, el grueso de la escuadra del Mar Negro, que se hallaba practicando ejercicios de tiro, acude a someter al «Potemkin». Los grandes acorazados enfilan su artillería gruesa de las torres, y los torpederos apuntan sus tubos de lanzar contra el acorazado rebelde. Pero la marinería de unos y otros vacila; la oficialidad, temerosa de que en sus navíos se reproduzcan las trágicas escenas del «Potemkin», no se decide a dar las órdenes para atacarlo. Los amotinados, por teléfono de señales, suplican a la marinería de los otros barcos: «¡Hermanos, no disparéis!». Y éstos no disparan. Y el «Potemkin», arbolando la victoriosa bandera roja, cruza triunfal entre las filas formadas de la escuadra...

Hasta aquí el argumento de la película, trazado a grandes rasgos.

Pero omite el desenlace de la sublevación, como antes hemos dicho.

He aquí cómo lo relata el capitán de corbeta Monasterev, autor del notable libro «En el Mar Negro», traducido del ruso a varios idiomas.

Dice el citado escritor y marino que los principios de la disciplina en la escuadra del Mar Negro, aunque severos, no eran crueles, y que en la práctica aun resultaban en aquel tiempo muy atenuados. No obstante, algunos oficiales tenían la mala costumbre de vejar inútilmente a la marinería en su dignidad, sembrando así inconscientemente para la propaganda revolucionaria en terreno fértil y adecuado. La mayor parte de los instigadores de esas propagandas — dice el autor — eran judíos que sabían eclipsarse a tiempo para evitar las consecuencias de un fracaso:

Cuando el resto de la flota llegó a Sebastopol, donde se hallaba el «Potemkin», fugitivo de Odesa, el almirante, poco seguro de la fidelidad de las dotaciones, no juzgó prudente tomar ninguna medida de violencia contra el navío rebelde, que pudo alejarse sin ser molestado por los demás barcos. El «Potemkin» emprendió entonces una verdadera odisea por los puertos del Mar Negro, vagando de uno a otro, sin conseguir revolucionar a las poblaciones y obteniendo a duras penas los viveres indispensables para el sustento de sus tripulantes y el carbón necesario para su vagar de buque fantasma. Ante el fracaso del movimiento, pronto estallaron a bordo graves discusiones y continuas querrelas entre los amotinados, que hablaban de engaños y traiciones y esperaban un perdón colectivo que amnistiará su rebelión. Finalmente se decidió abordar el puerto de Constanza (Rumania), donde toda la tripulación abandonó el «Potemkin», para desertar, internándose en territorio extranjero. El Gobierno rumano, carente de medios coercitivos, no sabía qué hacer con aquellos centenares de rusos y les dejó campar por sus respetos, presas de la necesidad y de la miseria. Fué el día 19 de junio de 1905 cuando el «Potemkin» fondeaba en el puerto de Constanza.

De esa manera acabó el movimiento revolucionario, que duró breves días. El «Potemkin» fué rebautizado con el nombre de «Pan-teimon» y volvió a enarbolar el pabellón imperial.

Para el triunfo de la revolución, que entonces se mostraba en aislados chispazos, aun habían de pasar años y consumarse, primero, el desastre de las fuerzas rusas de mar y tierra ante el empuje de los japoneses; y después el derrocamiento definitivo del Imperio, vencido por los alemanes, y socavado en sus cimientos por los vicios acuciables de su régimen político.

JUAN B. ROBERT

## Comentarios

## Influencias lunares

Desde algún tiempo a esta parte reviven conceptos e ilusiones que parecían haberse apagado ya con los últimos y mortecinos destellos de las supersticiones medievales. En tiempos en que el hombre se creía ocupar el centro del Universo y que todos los astros giraban en torno de la Tierra como demostración de su vasallaje, se justificaba la creencia de que los astros se ocuparan preferentemente de los negocios terrestres, del destino de los hombres y que influyeran con su presencia, su posición o sus relaciones mutuas en los acontecimientos humanos. La Astrología, mezcla de Ciencia y de superstición, parece, en efecto, que vuelve a levantar la cabeza por todas partes. En la actualidad, en que estamos convencidos de que los astros son completamente indiferentes a cuanto ocurre en la Tierra, cabe asegurar que su influencia sobre la vida de los hombres, cuando esta influencia existe, es del todo pasiva, es decir, puramente física o mecánica.

Es lógico que la Luna, por ser el astro más próximo a la Tierra, haya sido el objeto principal de las invocaciones de los hombres, aparte del Sol. Por este motivo no es extraño que el que suscribe reciba numerosas cartas preguntándole si son ciertas las influencias que se afirman de las fases de la Luna sobre los fenómenos humanos y terrestres. Con objeto de contestar a tan insistentes preguntas escribo las presentes líneas.

Ante todo, es preciso hacer constar que no es prudente negar la posibilidad de cualquier fenómeno, por disparatado que parezca. Hay que inclinarse ante la realidad de los hechos y, por lo tanto, cuando se me pregunta qué influencias tiene la Luna sobre la Tierra, me limito a contestar con una pregunta: ¿qué nos dice la observación? Y al decir observación me refiero a una estadística prolongada y rigurosa. Ahora bien, los que nos afirman que las fases de la Luna actúan sobre una porción de prácticas agrícolas y otros menesteres de la vida corriente ¡han llevado a cabo alguna vez una estadística rigurosa de las influencias que suponen existir? Tengo la seguridad de que estas estadísticas nunca se han llevado a efecto.

Cuando hablamos de las fases de la Luna, hablamos simplemente de una apariencia luminosa debida a la posición variable de nuestro satélite con relación al Sol y a la Tierra. Nada tan inocente como las fases de la Luna. Sólo significan una mayor o menor cantidad de luz reflejada por un mal espejo, de superficie rugosa y que absorbe una cantidad considerable de la luz incidente. Teóricamente, o por lo que sabemos, la influencia de las fases lunares sobre los fenómenos terrestres es nula, si no es la de iluminar más o menos nuestros paisajes nocturnos. Hasta refiriéndonos a determinados fenómenos fisiológicos de período semejante al mes lunar, es fácilmente demostrable que nada tienen que ver con el movimiento de la Luna.

¿Pero esto quiere decir que la Luna no tiene ninguna influencia sobre la Tierra? De ningún modo. Influye mecánicamente en forma muy sensible sobre nuestro globo. Tal es el fenómeno de las mareas oceánicas, el fenómeno mecánico más impresionante que podemos observar en la superficie de la Tierra, y que se repite dos veces todos los días lunares bajo la acción de nuestro satélite. En unas 25 horas se levantan y se deprimen de algunos metros las aguas de los océanos, por efecto de la gravitación diferencial de la Luna sobre la Tierra. Es un fenómeno acumulativo que relativamente alcanza proporciones gigantescas y que, a pesar de los miles de billones de toneladas de agua que se desplazan sin cesar, no significaría ningún gasto de energía, si no existieran los frotamientos internos de la masa líquida, así como sobre sus lechos y litorales.

Esta es evidentemente una influencia lunar (las mareas de origen solar son mucho menos intensas), pero que, aparte de sus aplicaciones a la navegación, ninguna relación sensible ha demostrado tener sobre los acontecimientos humanos. Aun podría añadir que esa misma atracción lunar produce mareas elásticas sobre la corteza terrestre y en el propio magma en que se apoya la bóveda tiosférica. No obstante, no se ha podido observar hasta el presente que estas mareas tengan una influencia cierta sobre los terremotos, lo cual nos indica, en atención a la considerable profundidad comprobada de los focos de conmoción, conforme se dijo en mi artículo anterior, que la viscosidad del magma interno opone una resistencia considerable al desplazamiento de sus moléculas. Pero todos estos fenómenos, como se ve, son estrictamente mecánicos.

La Luna, como astro opaco y frío, es la antítesis del Sol. En la vitalidad indefinida del astro del día, no sólo se encuentra el origen de todos los fenómenos biológicos de la Tierra, sino también influencias sobre los

(Sigue en la página 14.)